



CEL
CENTRO DE
ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS

CUADERNOS
de
CEL



**«LA OPOSICIÓN A LA GUERRA DEL CHACO
(1928-1935)»
NEWEN MAPU, BUENOS AIRES, 2020**

Entrevista a Juan Luis
Hernández

Juan Manuel Martiren

Juan Manuel Martiren es egresado de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Latinoamericanos (EH/UNSAM).

INTRODUCCIÓN

Recientemente, y como resultado de largos años de investigación, se publicó un libro sobre uno de los temas menos visitados, por no decir directamente olvidados, por la historiografía, en torno a un hecho trascendental de nuestro subcontinente: la Guerra del Chaco. Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, coordinador del Taller de Problemas de América Latina, docente de esa misma Universidad, e integrante del colectivo editorial de la revista *Ni Calco Ni Copia*, Juan Luis Hernández nos propone, en *La oposición a la guerra del Chaco (1928-1935)*, volver al hecho que vinculó, en un conflicto fratricida, a las naciones boliviana y paraguaya en la primera mitad del siglo pasado; pero desde una óptica diferente: rescatar del olvido la oposición popular a la guerra.

El libro, editado por Newen Mapu en el año 2020, pone de relieve a una amplia gama de actores sociales, como partidos y organizaciones antibelicistas e intelectuales críticos, que ejercieron, desde diversas posiciones, una variada resistencia y oposición al enfrentamiento bélico. A continuación, presentamos la entrevista realizada al autor a raíz de su libro.

ENTREVISTA

JM: En primer lugar, me gustaría que cuentes brevemente qué fue la guerra del Chaco y por qué constituye un hecho relevante para la historia de la región.

JLH: La guerra del Chaco fue un sangriento conflicto bélico que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Se trató de la contienda más importante que tuvo lugar en Sudamérica durante el siglo XX; paradójicamente librada por los dos países más pobres de la región y los más perjudicados en los procesos de conformación territorial de los Estados nacionales en Sudamérica durante las últimas décadas del siglo XIX. Bolivia, tras la guerra del Pacífico con Chile (1879-1880), perdió todo su litoral marítimo. Paraguay, tras la guerra contra la Triple Alianza (1865-1870), sufrió una debacle demográfica y gran parte de su territorio fue repartido entre Brasil y Argentina. Ambos países tienen entonces en común haber atravesado

un largo período de entreguerras, abierto por el estallido de los grandes conflictos bélicos de fines del siglo XIX y cerrado por la guerra del Chaco.

El terrible enfrentamiento por los territorios chaqueños puso en evidencia las profundas contradicciones que atravesaban unos regímenes políticos oligárquicos asentados en economías monoproductoras de materias primas, dependientes del mercado mundial. Ante la grave emergencia, demostraron su fragilidad e inconsistencia, originada en la escasa legitimidad de las elites dominantes, y su incapacidad para incluir a las mayorías populares en el sistema político. La consecuencia fue que, en la posguerra chaqueña, el régimen oligárquico de ambos países entró en una crisis terminal, planteándose la necesidad de un nuevo proyecto de Nación.

JM: Según tu interpretación, ¿cuáles fueron las razones por las cuales durante mucho tiempo se sostuvo que la guerra había sido producto de la disputa entre la petrolera norteamericana *Standard Oil Co.* y la anglo-holandesa *Royal Dutch Shell*? Vos discutís esta idea en el libro...

JLH: Este tema merecería un estudio en particular, no sólo en cuanto a las causales reales del conflicto, sino también para entender cómo fue posible la persistencia, durante tanto tiempo, de esta hipótesis explicativa de los orígenes de la guerra. Aún hoy mucha gente sigue pensando, contra toda evidencia, que se trató de una guerra por el petróleo; cuando está demostrado que no existen ni existieron nunca yacimientos de hidrocarburos en el área en disputa. Cuestión, por otra parte, ya conocida en su propia época por los protagonistas del conflicto.

En la actualidad prima entre los investigadores una mirada escéptica sobre esta hipótesis, por lo menos en los términos tradicionales en que fue formulada: entender la guerra como parte de la disputa que, a nivel global, mantenían la *Standard Oil Co.*, estadounidense- titular de los yacimientos bolivianos- y la anglo-holandesa *Royal Dutch Shell*, asentada en la cuenca del Río de la Plata.

Como sostengo en el libro, no hay pruebas documentales que la *Standard Oil Co.* haya promovido las hostilidades; ni en sus inicios ni en su desarrollo posterior. Por el contrario, como quedó demostrado en el juicio que se le siguió en Bolivia en la posguerra previo a su nacionalización, la compañía estadounidense proclamó su “neutralidad” en la contienda, negándose a contribuir al esfuerzo bélico boliviano. Con respecto a la *Royal Dutch Shell*, los historiadores paraguayos sostienen que nunca había operado en Paraguay. Efectivamente, no hay registro de sus actividades en el país.

Podemos decir, sin lugar a dudas, que la rivalidad anglo-estadounidense constituía el telón de fondo del conflicto, pero la trama era mucho más compleja. El litigio territorial efectivamente existía desde hacía mucho tiempo. Ambos países habían extendido sus líneas de ocupación en el territorio no delimitado hasta el máximo posible. En este escenario se superpusieron nuevos factores en la tercera década del siglo pasado. Fundamentalmente, los efectos económico-sociales de la crisis de 1929, que obligaron a Bolivia a buscar nuevos ingresos, que sólo podría suministrar la explotación de los hidrocarburos existentes en el sudoeste del país. ¿Pero cómo transportar el valioso líquido hacia el mar? En 1929 el gobierno argentino negó autorización para la construcción de un oleoducto que conectara los yacimientos bolivianos con la destilería de la *Standard Oil Co.* en Campana, provincia de Buenos Aires. En paralelo, el «Tratado de Paz» entre Perú y Chile, firmado ese mismo año, estipulaba que los territorios asignados a cada uno tras la guerra del Pacífico no podían ser cedidos a terceros sin el consentimiento de la otra parte. Una cláusula “candado”, que privaba a Bolivia de una negociación directa con Chile por un puerto en el Pacífico. Así las cosas, solo quedaba una vía posible para la exportación del petróleo boliviano: un puerto de aguas profundas sobre el río Paraguay que -oleoducto mediante- permitiese la salida de los hidrocarburos hacia la cuenca del Plata y el Atlántico.

Es aquí donde se presentaban las mayores dificultades: el oleoducto debía atravesar los territorios chaqueños en disputa y el puerto, para estar operativo todo el año y permitir el acceso de buques tanque de gran calado, debía estar- como mínimo-a la altura de Puerto Casado o Puerto Pinasco; es decir, en el corazón mismo del complejo forestal-taninero-ganadero emplazado en la ribera derecha del río, sobre las tierras en disputa, compuesto por

un entramado de fábricas, estancias, aserraderos, de propiedad mayoritariamente anglo-argentina.

En definitiva, la búsqueda de una salida atlántica a través del río Paraguay para el petróleo boliviano, mediante la construcción de un oleoducto que atravesara el área en disputa, contribuyó decisivamente al estallido de la guerra en el contexto de la crisis económica-social de principios de los años 30. El oleoducto debía emplazarse en las tierras ocupadas por el complejo forestal-taninero-ganadero, cuyos dueños-particularmente la familia Casado Sastre- estaban íntimamente vinculadas por lazos económicos y familiares con las elites de Paraguay y Argentina. Si el negocio petrolero empujó al gobierno boliviano a la hoguera bélica, fueron los intereses de los grupos económicos instalados en el Chaco los que primaron detrás de la posición paraguaya. En otras palabras, el principal impedimento con que el que chocaron las pretensiones del gobierno boliviano y de la *Standard Oil Co*, no fue la oposición de la petrolera rival, sino las empresas forestales-tanineras, -con la familia Casado Sastre al frente-, instaladas en las tierras chaqueñas.

JM: ¿Cuál fue el papel de Argentina en la guerra, tanto a nivel estatal-institucional como de oposición desde la clase obrera y las izquierdas?

JLH: En los últimos años se reactualizaron los trabajos de investigación relacionados con la participación argentina en la guerra. Existían con anterioridad excelentes estudios en el plano diplomático, basados en las memorias y la correspondencia del ministro de Paraguay en Buenos Aires, Vicente Rivarola, publicadas décadas atrás. Nuevos estudios han demostrado el apoyo activo del gobierno argentino al esfuerzo bélico paraguayo, en lo que hace a la adquisición de armamentos, logística, inteligencia, formación de recursos militares, préstamos económicos, etc. En el plano político-diplomático la intervención fue un poco más equilibrada, o por lo menos se intentó guardar las formas, dados los compromisos internacionales del país.

Este apoyo fue particularmente intenso en la primera parte del conflicto, durante los años 1932-1933; cuando las operaciones militares estaban concentradas en la región sudeste

del teatro de operaciones, en la frontera del Pilcomayo, a las puertas mismas de las empresas forestales-tanineras.

Tengamos en cuenta al respecto los estrechos vínculos económicos y familiares entre las elites económicas y políticas de ambos países: José Casado Sastre, hijo de Carlos Casado y titular de la principal empresa forestal-taninera del Chaco, estaba casado con la hermana del presidente argentino Agustín P. Justo. Carlos Saavedra Lamas, ministro de Relaciones Exteriores argentino, fue durante muchos años abogado de la familia. No puede extrañar entonces que, cuando la aviación boliviana bombardeó Puerto Casado, sede principal de la empresa y asiento de la Primera División del ejército paraguayo, el gobierno argentino advirtió oficialmente al boliviano que la continuidad de los ataques aéreos lo obligaría a intervenir para proteger a los connacionales radicados en la región. En el trecho final de la guerra, en 1934-1935, librada en el Chaco profundo, lejos de las riberas del Paraguay y del Pilcomayo, continuó el apoyo argentino al esfuerzo bélico paraguayo; si bien disminuyó su relevancia estratégica.

En lo que respecta a la izquierda argentina, comunistas y anarquistas desplegaron una intensa agitación anti-guerrera. Denunciaron desde su prensa el apoyo del gobierno al Paraguay, organizaron acciones concretas para boicotearlo: Intentaron impedir la partida de barcos con pertrechos militares. Denunciaron centros semi-clandestinos de reclutamiento en Buenos Aires y las provincias limítrofes. Rompieron actos de apoyo y recolección de fondos en distintas ciudades del país. Organizaron los propios actos y manifestaciones en contra de la guerra tanto en Buenos Aires, Rosario, La Plata como en las ciudades fronterizas del noreste y noroeste del país. En provincias como Formosa, Jujuy, Tucumán, ayudaron a los desertores de ambos bandos.

JM: ¿Por qué considerás que es importante observar a los actores sociales que se opusieron a la guerra? ¿Quiénes eran y por qué se oponían?

JLH: La preocupación fundamental de esta investigación está puesta en la historia social; en el devenir de las clases subalternas que fueron quienes cargaron sobre sus espaldas las

penurias resultantes de la guerra. Y es en estos sectores donde surgieron las voces de quienes se opusieron a la contienda. En primer lugar, en el movimiento obrero, que tanto en Bolivia como en Paraguay advirtió con mucha anticipación los peligros que se cernían sobre los trabajadores si se desencadenaban las hostilidades en gran escala. En el caso de Bolivia, hubo una verdadera campaña del movimiento obrero, el que en numerosos congresos y conferencias sindicales se pronunció en contra la guerra, repudiada en actos y manifestaciones anti-guerreras. Esta campaña culminó el 1º de mayo de 1932, fecha en que se organizaron masivos actos en La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y otros lugares; en los cuales los trabajadores se pronunciaron contra el capitalismo, el militarismo y la guerra que se estaba preparando. Unos días antes, la Federación Obrera del Trabajo de Oruro, publicó «Al pueblo de Bolivia amenazado por la guerra», un vibrante manifiesto anti-guerrero, convocando a la lucha de todo el pueblo contra el estallido bélico. El Manifiesto, uno de los más extraordinarios documentos del movimiento obrero boliviano, expone las razones por las cuales los trabajadores repudiaban la guerra y el militarismo, proclamando la unidad y la fraternidad con los trabajadores paraguayos.

Con la guerra ya en marcha hubo numerosas rebeliones campesinas en los valles y el altiplano, rechazando las convocatorias compulsivas a las filas y a la prestación de trabajos viales; expresando el rechazo de gran parte de la población originaria a una guerra de la que no se sentía parte. El rechazo se expresó también en el frente, mediante actos de insubordinación, negativas a combatir, desertiones individuales y fugas colectivas, que tuvieron importante incidencia en la campaña. Obviamente es muy difícil medir la influencia real de la propaganda anti-guerrera en las filas del ejército boliviano. Pero sí podemos decir que fue un factor que incidió, de modo que, por lo menos una parte de esos hombres que prefirieron desertar, insubordinarse y/o negarse a combatir, lo hicieron por convicciones ideológicas.

En lo que respecta a Paraguay, las actividades anti-guerreras más importantes tuvieron lugar en la retaguardia. No es que no existieran las desertiones en el frente, generalmente relacionadas con problemas en el suministro de agua, pero las experiencias más interesantes fueron los «Comités Antiguerros» y las montoneras. Los comités fueron

impulsados desde el principio de la guerra por los comunistas paraguayos, renaciendo con más vigor en la segunda mitad de la conflagración, con el cansancio generado por la prolongada campaña. Las montoneras, un recurso habitual de la población rural paraguaya para eludir las levas forzosas, militares o laborales, estaban formadas por hombres que se negaban a enrolarse o que habían desertado; y a las que en algunos casos se sumaron desertores bolivianos e indígenas. También en este caso, aunque las referencias son más difusas, se incrementaron a medida que se extendía la campaña, atizadas por el enojo y la indignación de muchos movilizados, que veían como los “emboscados” eludían la obligación de ir al frente. Con ese mote peyorativo, se aludía en Paraguay (también en Bolivia) a quienes, estando en condiciones de servicio, evitaban ir al frente y se quedaban a salvo en la retaguardia, a partir de sus contactos con las autoridades o con miembros de la elite.

JM: Vos planteás que la oposición a la guerra tuvo más repercusión en Bolivia que en Paraguay, sobre todo en el movimiento obrero, ¿por qué se da esta situación?

JLH: Incidieron distintos factores. Uno, muy importante, es que en Paraguay el nacionalismo y el patriotismo estaban mucho más arraigado en las masas populares que en Bolivia. Ya desde los primeros tiempos del movimiento obrero paraguayo quedó en claro que el internacionalismo pregonado por los ácratas era de difícil absorción en el imaginario popular, por la fuerte impronta del patriotismo y del nacionalismo, procedente de las terribles experiencias del siglo XIX. Situación que se intensificó a partir de un renacer de ese ideario nacionalista en los años de la preguerra chaqueña.

En Bolivia, por el contrario, predominaba una tradición fuertemente clasista e internacionalista en el movimiento obrero, a lo que debe sumarse que, a partir de 1928- a pesar de las terribles condiciones de desocupación y represión estatal- el anarcosindicalismo boliviano vivió una época de auge, con la «Federación Obrera Local» (FOL) de La Paz y la «Federación Obrera del Trabajo» (FOT) de Oruro. Entre otros logros, consiguieron la reivindicación histórica de la jornada de ocho horas y lograron impedir, en las vísperas de la guerra, la sanción de la Ley de Defensa Social; un ordenamiento terriblemente represivo cuyo

proyecto el gobierno debió retirar del Parlamento ante la reacción popular adversa. En Paraguay, por el contrario, esos años fueron de mucha represión y de constantes derrotas de las luchas sindicales, que fueron languideciendo hasta ser totalmente sofocadas con el estallido de la conflagración

JM: ¿Qué fuentes utilizaste para el trabajo y qué desafíos metodológicos se presentaron en la investigación?

JLH: La guerra del Chaco presenta importantes desafíos para el trabajo del historiador. Los procesos políticos y sociales de la posguerra, tanto en Bolivia como en Paraguay, implicaron una resignificación del conflicto bélico, que pasó a constituirse en episodio constituyente de una nueva identidad nacional. Se inicia así, en el imaginario colectivo, un proceso de transmutación, por el cual un conflicto terriblemente doloroso se convierte, para las generaciones posteriores -pero también para los protagonistas sobrevivientes-, en piedra angular de la construcción de una nueva nacionalidad. La Nación anhelada aparecía ahora vinculada a la modernización y a la extensión de la ciudadanía a los sectores subalternos, devenidos en la pos-guerra protagonistas de postergadas gestas soberanas. Comenzaron entonces a desdibujarse y/o resignificarse, en la memoria colectiva, los contornos más ríspidos del conflicto. Un proceso muy conocido, resumido magistralmente por la escritora bielorrusa Svetlana Alexievich: *“Inmediatamente después de la guerra, la persona cuenta una guerra determinada, pero pasadas unas décadas, es evidente que todo cambia, porque la vida del narrador se cuele entre sus recuerdos”*. Vidas atravesadas por revoluciones sociales, dictaduras militares, luchas legendarias, avatares muy diversos que van resignificando los momentos centrales de la vida de los individuos.

Este proceso se evidencia en los testimonios orales de los ex-combatientes. En ellos predominan los hechos heroicos por sobre las penurias y sufrimientos padecidos en la contienda. Incluso en un ejército como el boliviano, organizado en términos de casta - oficiales blancos, suboficiales cholos, soldados indígenas- las diferencias étnicas aparecen ocluidas. La memoria, a través del mecanismo recuerdo-olvido-silencio, ejerce un filtro que

diluye los aspectos más dramáticos de la experiencia chaqueña, poniendo en primer plano aquello que mucho tiempo después justificaba, en el discurso de sus portadores, las posiciones que habían conquistado o aspiraban a hacerlo en una sociedad distinta de aquella que un día los precipitó en el horror de la guerra. Como tanto insiste Alessandro Portelli, *“...las fuentes orales nos dicen no sólo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron...”*.

En definitiva, los testimonios orales marcan la abnegación, entrega y heroicidad de los combatientes, en forma creciente cuanto más se alejan de la época en que sucedieron los hechos a que se refieren. Pero cuando se los coteja con los registros escritos, cartas, artículos periodísticos, crónicas, fotos, filmaciones, etc., producidos en el mismo momento de los hechos, la imagen que aparece es la indiferencia y/o el rechazo, producido en amplios sectores de las clases subalternas por la convocatoria a defender la patria en el Chaco. ¿Qué entusiasmo podía despertar en las masas indígenas el llamado a pelear por un país denominado Bolivia, al cual ellos de hecho y de derecho no pertenecían? Esa población indígena fue movilizadada, a veces en forma compulsiva, a una guerra librada en un ámbito geográfico desconocido y hostil. El rechazo se plasmó en actos de insubordinación, desertiones, fugas colectivas, y en la enorme cantidad de prisioneros, muchos de los cuales no fueron tomados en combate: se trataba, simplemente, de hombres que se negaban a combatir. En lo concerniente al Paraguay, el discurso oficialista de la “defensa nacional”, de un país pequeño e indefenso amenazado e invadido por un vecino poderoso y hostil, tuvo al principio mucho éxito al interpelar los tradicionales sentimientos nacionalistas y patrióticos del pueblo paraguayo. Pero con la prolongación de la guerra, que progresivamente fue perdiendo el carácter “defensivo” alegado, ni el exitismo ni las gastadas invocaciones defensivas podían evitar el creciente cansancio y malestar popular, exacerbado además por la ominosa presencia de los “emboscados” en la retaguardia.

No se trata entonces de negar que tanto en las filas bolivianas como en las paraguayas hubo muchísimos soldados y oficiales que lucharon con valor y patriotismo, ofrendando su vida por la causa que defendían. Sostengo, simplemente, que otra cantidad de hombres movilizadados se negaron a combatir, componiendo los omisos, remisos, desertores, “auto-

heridos” (denominados en el frente boliviano “izquierdistas” por la tendencia a auto-infligirse heridas en el brazo o la pierna izquierda), evacuados por distintos motivos del frente, prisioneros capturados sin combatir. Y sostengo también que una parte de este amplio contingente tomó la decisión consciente de no pelear, por razones políticas e ideológicas, e incluso, de oponerse en forma militante a la guerra.

En la mayoría de los testimonios orales que llegaron hasta nosotros difícilmente quede registro de este proceso de oposición y/o resistencia a la guerra. No pretendo negar su legitimidad ni su valor historiográfico, sólo afirmo que pertenecen a los sobrevivientes de la contienda, a quienes volvieron a sus hogares y se convirtieron en héroes de guerra y beneméritos de la patria; y no a quienes desertaron, se fugaron o se entregaron sin combatir. Sus relatos fueron producidos en marcos sociales surgidos a partir del proceso de construcción de una nueva nacionalidad, que convirtió en gesta heroica una guerra cruel y para muchos sin sentido. Este proceso borró o relegó al olvido, en los testimonios de los sobrevivientes, las huellas y los datos de quienes y porque se opusieron a la guerra, cuyas experiencias quedaron fuera de contexto al término de la contienda, cuando la construcción de la nación se impuso como nuevo horizonte colectivo.

Pero los testimonios orales no son los únicos que presentan dificultades, hay toda una gama de registros escritos que también debe ser analizada con mucho cuidado. Entran en esta categoría la prensa escrita de ambos países beligerantes, ya que además de la censura previa, existió un esfuerzo deliberado de los mandos militares por ocultar aquellos aspectos de la realidad cuya difusión no resultaba conveniente para el esfuerzo de guerra, como lo reconoce abiertamente el comandante paraguayo, general José Félix Estigarribia en sus Memorias, donde declara que solía pasar información “no fidedigna” a la prensa, a sabiendas que el enemigo también leía los periódicos de Asunción.

¿Cómo recuperar entonces estas experiencias? En relación a los actores que se opusieron a la guerra en forma consciente -comunistas, anarquistas, intelectuales críticos y otros opositoristas-, sus posiciones fueron publicadas en periódicos, revistas y editoriales, generalmente de los países limítrofes, de modo que en las bibliotecas, archivos y hemerotecas hemos podido encontrar gran cantidad de este tipo de material. En lo que respecta a la

situación en el frente de guerra, es necesario una lectura atenta de la documentación de origen castrense, de las crónicas y memorias de los combatientes, de las obras de historia militar, en busca de las huellas de la resistencia a la guerra. Idéntica tarea, minuciosa y ardua, debe realizarse respecto a los registros y crónicas de las rebeliones y desobediencias en el frente interno de ambos países. En relación a las distintas expresiones del pensamiento crítico, existe un extenso corpus ensayístico sobre la guerra del Chaco, producido por intelectuales que desde posiciones pacifistas o revolucionarias militaron en contra de la guerra. La literatura ficcional es también una fuente importante de información, especialmente aquellas obras escritas en forma contemporánea a la guerra o en los años inmediatamente posteriores, bajo el impacto directo de la tragedia.

Recuperar las huellas de la resistencia a la guerra del Chaco es sin duda una tarea difícil, pero las experiencias y las historias de los actores opositoristas, que no quedaron integradas a los discursos y prácticas políticas de la posguerra, merecen ser rescatadas del olvido y la condescendencia de la posterioridad

JM: En el caso de Bolivia, el impacto que va a tener la derrota de la guerra es central para entender lo que va a suceder posteriormente, sobre todo pensando en la Revolución de 1952... se dice que muchos de los sublevados en las jornadas de abril usaron los fusiles del Chaco, ¿qué es lo que pasa en Paraguay? ¿Qué impacto produce?

JLH: Es una excelente pregunta, porque nos encontramos con una paradoja notable. Es aceptado por la mayoría de los investigadores que, cuando un país pierde una guerra, su régimen político entra en crisis. Está claro que en este conflicto Bolivia llevó la peor parte, pero sin embargo el proceso político posterior tuvo una larga deriva de diecisiete años hasta el estallido de la Revolución de 1952. Como acertadamente resumiera Augusto Céspedes, *“Del Chaco no surgió una conciencia, sino el desorden propicio para incubarla”*, proceso que demandó largos años de dura gestación. Y paradójicamente en Paraguay, país que se quedó con las tres cuartas partes del territorio en disputa, el impacto fue inmediato: la Revolución de febrero de 1936 derrocó al gobierno liberal, enviando a los “arquitectos de la victoria” -el presidente

Eusebio Ayala y el jefe del ejército, general José Félix Estigarribia-, al destierro. Fue el fin de una época, el fin abrupto de un ciclo de la historia paraguaya.

En mi opinión, la explicación de este giro histórico tan drástico hay que buscarla en la década del veinte. El liberalismo paraguayo salió victorioso de la larga guerra civil de 1922/1923, inaugurando un período de estabilidad política inédita en la historia del país, que abarcó tres períodos presidenciales sucesivos: Eligio Ayala, 1924-1928; José P. Guggiari, 1928-1932 y Eusebio Ayala, 1932-1936. Durante estos años se consolidó, además, una nueva cúpula militar liderada por Estigarribia y otros jóvenes oficiales, afines al partido gobernante. Pero en paralelo, el orden liberal fue impugnado en la sociedad civil, en la que creció la reivindicación del mariscal Francisco Solano López (el “lopizmo”) y el nacionalismo. Este proceso, potenciado por la crisis de 1929, que puso al desnudo los límites insalvables del proyecto liberal, fue interrumpido provisoriamente por la guerra, de modo que una vez concluida la misma, la ruptura se produjo en forma inmediata. En síntesis, a diferencia de Bolivia, la necesidad de una transformación social radical ya estaba incubada –al decir de Céspedes- en los años previos, lo que explicaría el rápido desenlace operado en la inmediata posguerra.

JM: ¿Cuál es la relevancia actual del estudio de la oposición a la guerra en los países que estuvieron involucrados en ella?

JLH: Mi opinión sobre la guerra es que se trató de un conflicto fratricida, que enfrentó a dos pueblos hermanos quienes, más que odiarse o aborrecerse, se desconocían bastante recíprocamente. Y la prueba de ello es que, a diferencia de otros conflictos similares, el paso del tiempo ha borrado los rencores u odios que pudieron separarlos. En esta perspectiva, considero relevante rescatar las posiciones de un amplio arco de corrientes y grupos de la izquierda, que supieron ver este carácter destructivo de la guerra y se opusieron a ella con distintos argumentos y estrategias, que merecen ser conocidas y debatidas, ya que forman parte de la historia de las distintas tradiciones de la izquierda.

Los anarquistas, con mayor peso en el movimiento obrero boliviano, llevaron adelante una intensa campaña bajo las consignas centrales “Guerra a la guerra” y “Abajo las armas”. Se oponían a todo tipo de guerra y a todo tipo de ejército centralizado, condenando el nacionalismo, el patriotismo, el militarismo y el belicismo. Su posición fundamental era no participar en la guerra, oponerse individual o masivamente al enrolamiento, no alistarse, desertar, no colaborar en ninguna actividad que supusiera fabricación o transporte de armas, pertrechos o víveres a los ejércitos en combate, utilizando todos los medios posibles para concretar estos fines.

Los comunistas se opusieron a la guerra alegando su carácter inter-imperialista, sosteniendo que se trataba en realidad de una contienda entre países semicoloniales, que guerreaban entre sí a cuenta de sus verdaderos mandantes, los países imperialistas. Su posición era la confraternización en el frente de los soldados de ambos bandos, desconociendo a los mandos militares para transformar una guerra entre países oprimidos, en una guerra contra las clases opresoras, en una revolución social. Dadas las precarias condiciones organizativas en que se encontraban en Bolivia y en Paraguay, y los efectos de la represión estatal, gran parte de la actividad contra la guerra fue canalizada a través de la «Internacional Comunista» (IC) y de la «Central Sindical Latino Americana» (CSLA). El mayor logro de esta corriente fue la realización del «Congreso Antigüerrero» de Montevideo (marzo de 1933), una convocatoria en la que participaron centenares de intelectuales, dirigentes sindicales y políticos de todos los países de América; pero que no tuvo continuidad en la agitación anti-güerrera, en gran parte debido a la orientación extremadamente sectaria de la IC durante este período. En el Congreso hubo un debate entre comunistas y anarquistas, aunque finalmente estos últimos se retiraron.

En Bolivia, surgió un heterogéneo grupo de actores, que tenían en común la oposición a la guerra del Chaco y el no reconocerse encuadrados en los principales agrupamientos de izquierda de la época. Se destacó el «Grupo Tupac Amaru» (GTA), encabezado por Tristan Marof (Gustavo Adolfo Navarro), un reconocido intelectual que para entonces tenía publicadas varias obras literarias y políticas, entre ellas *La justicia del inca* (1926), donde planteó por primera vez la consigna “Tierras al pueblo, minas al Estado”. A

principios de 1935 se publicó en Buenos Aires *La tragedia del Altiplano*, su obra más conocida, un vibrante alegato en contra de la guerra, impugnado el orden oligárquico. El GTA intervino en los actos del 1º de mayo de 1932 en La Paz, en el cual distribuyó un Manifiesto convocando a formar un partido obrero y a luchar por un gobierno obrero y campesino, realizando posteriormente una gran agitación en el frente de guerra. La Izquierda Boliviana (IB), fue otro grupo fundado en Chile por José Aguirre Gainsborg, dirigente estudiantil cochabambino, importante referente de izquierda de esos años, que pregona el “derrotismo revolucionario” y coincidía en la necesidad de formar un partido obrero. Ambos grupos confluyeron finalmente en junio de 1935, en un congreso realizado en Córdoba, Argentina, dando origen al «Partido Obrero Revolucionario» (POR).

Se puede apreciar entonces que, en ambos países, algunas de las expresiones más importantes de la izquierda tuvieron sus orígenes en la militancia opositora a la guerra del Chaco. El POR fue la primera organización partidaria fundada en Bolivia en la posguerra chaqueña, que tendrá una intensa actuación en el movimiento obrero boliviano, en las décadas siguientes. A su vez, el «Partido Comunista Paraguayo» (PCP), cuya militancia se encontraba muy dispersa al comienzo de la guerra por un conjunto de circunstancias desfavorables, experimentó en los años siguientes una rápida recuperación, que le permitió emerger fortalecido en la posguerra chaqueña.

En definitiva, el libro trata de condensar una investigación centrada en las distintas expresiones de rechazo a la guerra del Chaco, y en particular, los esfuerzos de quienes se negaron a admitir como gesta heroica lo que para muchos no era sino una guerra cruel e injusta. Un conjunto de experiencias que quedaron fuera de contexto al término de la contienda, y cuya recuperación supone una tarea ardua y difícil. Pero la historia de los opositoristas merece ser rescatada del olvido, por inscribirse en las tradiciones más nobles de la historia de América Latina.